

- AMORÓS, Celia, «Algunos aspectos de la evolución ideológica del feminismo en España», en AAVV, *La mujer española: de la tradición a la modernidad (1960-1980)*, Madrid, Tecnos, 1986.
- «La Dialéctica del sexo en Sulamith Firestone: modulaciones en clave feminista del freudo-marxismo», en C. Amorós (coord.), *Historia de la Teoría feminista*, Madrid, Instituto de Investigaciones Feministas, Universidad Complutense, 1994.
- DELPHY, Christine, «L'Ennemi principal», en la revista *Partisans*, «Libération des femmes année O», noviembre de 1970. Hay traducción al castellano: *Liberación de la mujer, año O*, Buenos Aires, Editorial Granica, 1972.
- *Por un feminismo materialista. El enemigo principal y otros textos*, Madrid, LaSal, 1982.
- *L'ennemi principal, Tome II, Penser le genre*, París, Éditions Syllepse, 2001.
- FALCÓN, Lidia, *La razón feminista, Volumen I, La mujer como clase social y económica. El modo de producción doméstico*, Barcelona, Fontanella, 1981.
- *La razón feminista, Volumen II. La reproducción humana* Barcelona, Fontanella, 1982.
- *Mujer y poder político (Fundamentos de la crisis de objetivos e ideología del Movimiento Feminista)*, Madrid, Vindicación Feminista Publicaciones, 1992.
- FIRESTONE, Sulamith, *The Dialectic of Sex. The Case for Feminist Revolution*, Londres, The Women's Press Limited, 1979.
- MEILLASSOUX, Claude, *Femmes, greniers et capitaux*, París, Maspero, 1975.
- MOLINA, Cristina, «El feminismo socialista contemporáneo en el ámbito anglosajón» en C. Amorós (coord.), *Historia de la Teoría feminista*, Instituto de Investigaciones Feministas, Universidad Complutense de Madrid, 1994.
- PULBO, Alicia, «Patriarcado», en C. Amorós (dir.), *Diez palabras claves sobre mujer*, Estella, Ed. Verbo Divino, 1995.
- SANAHUJA, M.^a Encarnación, *Cuerpos sexuados, objetos y prehistoria*, Madrid, Cátedra, 2002.

5

EL FEMINISMO SOCIALISTA
ESTADOUNIDENSE DESDE LA
«NUEVA IZQUIERDA». LAS TEORÍAS
DEL SISTEMA DUAL
(CAPITALISMO + PATRIARCADO)

Cristina Molina Petit

El feminismo socialista contemporáneo ha experimentado en el área norteamericana, su desarrollo teórico más interesante. El hecho de contar con plataformas en el mundo universitario y con oportunidades y recursos en los medios de difusión escritos ha contribuido, sin duda, a promover, contestar y enriquecer los debates. Desde los años 70, los departamentos de «Women Studies» funcionan en casi todas las universidades americanas importantes y revistas tan prestigiosas como *New Left Review* y *Socialist Review* han abierto sus páginas a las feministas. Por último, la revista *Signs* cuyo comité asesor lo componen representantes de excepción en la teoría feminista (Heidi Hartmann, Teresa de Lauretis, Jane Flax, Rosi Braidotti...) es un claro exponente de las ideas y las discusiones de las feministas socialistas. Autoras como Iris Young, Zillah Eisenstein, Nancy Hartsock, Sandra Harding y un largo etcétera, desde un socialismo marxista y Nancy Fraser o Sheila Benhabib, desde paradigmas de la Teoría Crítica; o Judith Butler y Donna Haraway desde presupuestos postestructuralistas, son allí colaboradoras habituales.

Es cierto que el feminismo socialista americano no ha tenido el poder de convocatoria del feminismo liberal que fue capaz de agrupar en torno a NOW («National Organization for Women») un movimiento amplio de mujeres. Muchas de las teóricas socialistas se han autocriticado por no ser capaces de aglutinar un movimiento de mujeres de izquierda¹ pero este ideal se les presentaba más difícil que a

¹ «...Nuestras organizaciones han sido locales y de corta duración,

una vez que se perfiló se ve desgajada del movimiento del feminismo liberal de ese tipo de perfil de mujer

las militantes de NOW porque las propuestas socialistas no van dirigidas a una clase homogénea como sería el auditorio de Betty Friedan: mujeres blancas de clase media-alta, heterosexuales que comulgaban con el espíritu liberal de la joven América; las propuestas de las feministas socialistas se dirigen a mujeres trabajadoras o emigrantes, de clases más bajas en una realidad multirracial y multicultural, un público heterogéneo, al fin, al que habría que captar con el mismo mensaje².

El feminismo socialista, entonces, no ha logrado materializarse en un organismo como NOW que captara las necesidades y diera cauce a los problemas de las mujeres trabajadoras; pero su nivel de elaboración teórica es considerablemente más sofisticado y riguroso que el del feminismo liberal, si bien se da la consiguiente paradoja de una teoría producida en las universidades que ha de responder a unas demandas tan diferentes desde las experiencias de un auditorio sin ese *background*. En esta situación, hasta la misma concienciación feminista de su público, les va a resultar una empresa difícil, al tropezar, en primer lugar, con problemas de un lenguaje-jerga, elaborado en las aulas que las mujeres sin esa educación, sencillamente, no van a entender (Luttrell, 1984, 43). Y será, a través de una autocritica propiciada por la contrastación con la experiencia de ese auditorio que no las ha entendido o cuando incorporan otras voces (negras, chicanas, lesbianas) el momento en que el fe-

la necesidad de un lenguaje universal para converger a nivel de mujeres con los logros del tem. liberal

pero no hemos reflexionado colectivamente sobre ello...y sobre el hecho de por qué hemos fallado en la construcción de una alianza nacional de la izquierda que hiciera de contrapeso a NOW...» Meredith Tax, «Socialist Feminism Today: Learning How To Bake» *Socialist Review*, núm. 73, vol. 14, 1973, pág. 37.

² Dice al respecto Wendy Luttrell: «...hemos sido incapaces de bajar con éxito, con las similitudes y las diferencias entre mujeres de variadas procedencias educacionales y raciales» «Socialist Feminism Today: Beyond the Politics of Victimization» en *Socialist Review*, núm. 73, vol. 14, 1973, pág. 42.

minismo socialista será capaz de responder a las necesidades de este amplio grupo de mujeres, cuya opresión se definirá además, por su clase, raza u orientación sexual. En palabras de Lauretis, «estas intervenciones han interrumpido un discurso feminista anclado en el único eje del género...» y entonces «la teoría feminista como tal se ha hecho posible desde una óptica postcolonial» (Lauretis, 2000, 130).

Las posturas ortodoxas marxistas sobre «la cuestión de la mujer» como subsidiaria a la cuestión social más general, perduraron durante la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría, pero fueron reevaluadas en los años 60 por una Nueva Izquierda contestataria y antiestalinista que rechazaba la burocracia, el centralismo y el autoritarismo y que surgía de la mano de los movimientos revolucionarios juveniles en el espíritu que se fraguó en los campus universitarios y en las protestas antirracistas y antibelicistas contra la guerra del Vietnam. Los planteamientos críticos de las mujeres de la Nueva Izquierda se dirigen hacia la situación de las propias mujeres y se confrontan, entonces, con el nacimiento de un *feminismo radical* para quien la *lucha de los sexos* era el antagonismo social primario. En 1966 Juliet Mitchell publica *Mujeres, la revolución más larga* donde llama a las socialistas a una reconsideración de su postura como feministas dentro del marxismo, que aísle la cuestión de la mujer como algo específico.

A finales de los 60 y principios de los 70 se constituyen en los EEUU, los primeros grupos de feministas socialistas a partir de dos sectores: el uno proveniente de mujeres de la Nueva Izquierda, que no veían representados sus intereses como mujeres; y otro sector que se desgajó de las más jóvenes y contestatarias feministas de NOW que abogaban por menos comisiones de carácter político y menos formalismos y más grupos informales de concienciación feminista.

El elemento *radical* estuvo a la base del renacimiento del feminismo socialista, tanto en lo que atañe a la concepción de un fundamental antagonismo entre las *clases sexuales*, cuanto en las prácticas de «concienciación feminista» a par-

tir de las experiencias de distintas mujeres. Asimismo, el aliento *utópico* de una regeneración social general, a partir del cambio en la situación de las mujeres, estuvo siempre presente en las propuestas socialistas. Porque si es cierto que el propio movimiento socialista no tuvo en América la fuerza y la tradición europeas sí contaban con una tradición utópica comunitarista reciente en la cual las feministas jugaron un importante papel.

1. LOS ANTECEDENTES EN LA TRADICIÓN SOCIALISTA COMUNITARIA: LAS «FEMINISTAS MATERIALISTAS»

La arquitecta *Dolores Hayden* en su estudio sobre los proyectos feministas de vivienda y diseño urbanístico en los EEUU de finales del siglo XIX y principios del XX, llama «feministas materialistas» a aquellas tres generaciones de mujeres americanas que lucharon por aplicar los logros de la revolución industrial a la vida cotidiana, empeñadas en una paralela «revolución doméstica» que mejorara la vida del colectivo femenino³.

Hayden distingue a las feministas materialistas («material feminist») de otras feministas contemporáneas que lucharon por el voto porque aquellas se concentraron en demandas relativas a las condiciones materiales de la vida real de la mayoría de las mujeres: la explotación doméstica de un trabajo agotador e impagado, el diseño espacial de unas viviendas insanas, la concepción de un urbanismo hostil a las mujeres y la situación de dependencia económica de las amas de casa que les hurtaba cualquier otra elección. Mientras las sufragistas, hacían sus campañas para provocar cambios políticos con argumentos filosóficos o morales, las «feministas

³ Cfr. Dolores Hayden, *The Grand Domestic Revolution: A History of the Feminist Designs for American Homes, Neighborhoods and Cities*, Massachusetts, MIT Press, 1981, pág. 1.

materialistas» — sigue Hayden — desde argumentos prácticos, se concentraban en temas económicos y espaciales, convencidas de que la causa de la desigualdad entre hombres y mujeres residía en la explotación económica del trabajo doméstico de las mujeres, realizado además, en unas condiciones materiales penosas y desfasadas de los adelantos técnicos de la ciudad industrial. La fe en el progreso técnico propiciada por la revolución industrial y los ideales comunitarios del socialismo utópico fueron, sin duda, las fuentes donde bebieron las «feministas materialistas» a la hora de diseñar sus propuestas de una «gran revolución doméstica».

En el centro de estas propuestas estaba la socialización del trabajo doméstico que pensaban debía ser llevado a cabo por profesionales (eso —todavía— sí, mujeres) en un hábitat que no implicara la dicotomía industrial casa-trabajo, que no aislara a las amas de casa ni obviara a las mujeres solteras. Así, las «feministas materialistas» se aplicaron a promover diseños de casas sin servicios privados (con cocinas, comedores, lavanderías y guarderías en común), bloques de apartamentos más funcionales que la casa victoriana y hotelitos para mujeres solas. Todo ello había de ser construido con una consideración «ecológica» del entorno y concebido para lograr una convivencia armoniosa e igualitaria en el espíritu del socialismo utópico de Owen y Fourier.

Los socialistas comunitarios habían encontrado en la joven América el lugar adecuado y los medios precisos para poner en práctica sus teorías sobre nuevas formas de vida familiar y social. Durante los últimos años del siglo XVIII y hasta finales del XIX se sucedieron en los EEUU cientos de experiencias sobre comunidades ideales como *Nueva Armonía* (Indiana, 1825) construida de acuerdo a los planos del arquitecto de Owens, quien inspiraría unas quince comunidades más, donde las labores domésticas estaban socializadas y donde se promovía la igualdad en el trabajo y en el tiempo libre para ambos sexos. Asimismo se edificaron a lo largo del país unas treinta asociaciones o Falanges basadas en las ideas de Fourier y hasta en el centro del Estado de

Nueva York eran bien conocidas las familias de la comunidad *Oneida* llevadas por sus artífices arquitectos e inspiradas, esta vez, por las ideas comunitarias de la Sociedad Armonía, un grupo religioso alemán, que como otros muchos, venían huyendo de la persecución o marginación europea.

Los comunitaristas salían al paso de la situación penosa en la vida material de los nuevos obreros industriales que, venidos desde el medio rural a las fábricas, ahora se apiñaban en sórdidas viviendas en condiciones mínimas de higiene y salud. Pero las feministas añadieron a este panorama una «visión de género» —como diríamos hoy— en la medida en que llamaron la atención sobre la doble explotación de la mujer obrera no sólo en los peores puestos de trabajo en las fábricas sino, además y después del trabajo fabril, en esas casas insalubres donde habían de realizar las labores domésticas. En sus discursos, las feministas supieron aislar *el sexo* como factor de opresión y se aplicaron a definir una revolución doméstica que llevaría a las mujeres a salir de su particular explotación y de su dependencia de los varones.

Las feministas materialistas entendieron que el *factor económico* era crucial en la independencia y la autonomía femeninas. Pero también entendieron que las condiciones reales de la mayoría de las mujeres de entonces, no permitían el que se hicieran con el sueldo o la fortuna necesaria para vivir por sí mismas: el trabajo de las obreras era precario y mal pagado y la mayoría de las mujeres —casadas o no— tenían como único oficio el de *amas casa*. Por ello se empezó a pedir un salario justo para las amas de casa aunque éste era —y siguió siendo por algún tiempo— un tema controvertido por cuanto, en contrapartida al reconocimiento de las labores domésticas como *trabajo*, ayudaba a mantener la división sexual del mismo. La mayoría, entonces, con Charlotte Perkins Gilman a la cabeza, defendieron la necesaria socialización de las labores caseras que, con criterios modernos de eficacia y racionalización, habría de ser llevado a cabo por *expertos(as)* que cobraran un sueldo por ello.

Women and Economic (1898) de Charlotte Perkins Gilman fue la obra clave que recogía estas ideas, la Biblia de las materialistas y la guía para diseñar habitats feministas. El libro, traducido al poco de su aparición, a siete idiomas, hacía propuestas radicales para reorganizar la vida y el entorno espacial humano, basadas en premisas socialistas y feministas. Dentro del espíritu utópico de su autora, la obra también profetizaba un mundo donde las mujeres habrían de gozar de su independencia económica gracias a sus trabajos fuera de la casa y donde disfrutarían, en familia, de los beneficios de un trabajo doméstico socializado en casas diseñadas sin cocinas ni lavanderías privadas.

Perkins Gilman apoyó activamente la realización de las ideas que defendía: funda en Chicago la *Household Economic Society* para proveer los necesarios comités de cooperativas domésticas; promueve proyectos arquitectónicos de viviendas con servicios comunes, tratando de atraer a residentes y de convencer a los posibles promotores de que, incluso, era un buen negocio. Con tal espíritu, esta escritora que gozó de gran fama popular a través de artículos y conferencias por todo el país, publica en un conocido periódico durante los años 1909-10 una novela por entregas donde se inventa una protagonista promotora, la genial *Diantha Bell*, experta en finanzas, que lleva *Las Casas* un hotel de apartamentos con servicios socializados en una ciudad de ficción situada en California a la que llama *Orchandina*. Como su heroína de ficción, Charlotte convence a dos ricas damas neoyorkinas para llevar a cabo el proyecto promovido por la socialista feminista *Henrietta Rodhan* para la *Casa Feminista de Apartamentos*. Aunque la *Casa* no se llegó a edificar, la escritora mantiene sus convicciones y ya en 1915 las vuelve a expresar en su final utopía *Herlands* (Tierra de Ellas) donde describe una sociedad igualitaria llevada por mujeres poderosas e inteligentes que diseñan sus ciudades con un sentido racional y social de la arquitectura que se resuelve, armoniosa, en idílicos entornos naturales (Hayden, 1981, 202).

profesionalización del servicio del hogar
La medida parece para las mujeres de desigualdad
en el hogar.

156

la revolución fem. *la revolución*
no suena para las mujeres del hogar
y de alguna manera así lo quisiera la propia

CRISTINA MOLINA PETIT

Charlotte Perkins Gilmann, continuaba la andadura de su tía, *Catherina Beecher* quien publicó en 1841 sus primeros diseños para un *cottage* gótico lleno de artilugios mecánicos que facilitarían la vida de las mujeres (Hayden, 1981, 3). De la misma generación que Gilmann es *Melusina Fay Pierce*, nacida en 1868, una de las primeras mujeres que emprende la crítica furibunda de la vida doméstica en los EEUU y de quien decían que tenía un alto espíritu científico y que compartió las primeras investigaciones con su marido Charles Sanders Peirce; Y antes que ellas, *Mary Holland* (1866) defensora de la libertad sexual de las mujeres; o antes *Mary Livermore* (1820) una líder sufragista que organizó cooperativas haciéndose con maquinaria industrial de segunda mano... Todas ellas se insertan en una tradición socialista olvidada, que la autora Dolores Hayden ha querido recuperar en un libro espléndido, ilustrado con los planos de las arquitecturas y los espacios feministas que ellas imaginaron.

El feminismo socialista posterior debe a las «feministas materialistas» esa contundencia con que plantearon la dimensión política de lo cotidiano, esa insistencia en operar sobre las condiciones materiales en que se desarrollaba la vida diaria de las mujeres, ese subrayar la pertinencia social de la cuestión doméstica para conseguir una sociedad más digna. Ellas supieron reconocer el sexo (como *feminidad* —o «género» como diríamos hoy—) como factor específico de opresión para las mujeres y abrieron las puertas a las cuestiones que habrían de plantearse al socialismo contemporáneo: el «contrato sexual» desigualitario del matrimonio; la explotación doméstica de las mujeres; el salario del ama de casa o la alternativa del reparto de tareas (o su socialización) y la convicción, siempre presente, de que los espacios domésticos y urbanos eran *productos* sociales y económicos y como tales, podrían ser diseñados para albergar y promover otros modos de vida más igualitarios y satisfactorios, más «feministas», al fin. Y además, ninguna de ellas tuvo la menor intención de esperar a que la «revolución doméstica» vi-

niera por sí sola o como consecuencia de cualquier otra revolución, ya fuera la industrial o la socialista.

2. DE «LA CUESTIÓN DE LA MUJER» A LA CUESTIÓN FEMINISTA. TEORÍAS Y EXPERIENCIAS

Si para el socialismo utópico, la mejora en la situación de las mujeres era un índice de civilización (al menos, en teoría) y por lo tanto, «la cuestión de la mujer» habría de ser planteada y resuelta como una prioridad, para el socialismo marxista no habría otra prioridad que la cuestión de una sociedad sin clases. La «cuestión de la mujer» para el marxismo ortodoxo era subsidiaria a esa otra cuestión más general porque la sujeción de las mujeres a los varones se había redefinido en Engels (1884) como un caso más de relaciones alienadas, producto de la aparición de la propiedad privada y del apartamiento del trabajo productivo. De esta manera, la liberación femenina se daría como subproducto de la liberación proletaria en la futura sociedad comunista donde los medios de producción serían socializados, las mujeres alcanzarían ipso facto su igualdad y su liberación.

Así, en un primer momento, las mujeres socialistas recibieron con alborozo la revolución rusa de 1917 que prometía la doble liberación. Aunque tuvieron ocasión de comprobar cómo muchas de las reformas pro-mujeres fueron abolidas en los años 20 y 30, la inspiración de los primeros años de la revolución persistió como un ideal y siguieron adoptando la teoría ortodoxa, fieles, al fin, más a los planteamientos de *clase* que de *sexo*.

La reemergencia de un feminismo socialista se produce cuando la cuestión de la mujer, se separa de la cuestión social general, cuando se reconoce que la situación de sujeción de la mujer no es sólo un caso particular, un caso más, de la situación de nuestro mundo definido por relaciones de desigualdad y explotación. En efecto, cuando se es capaz de distinguir las injusticias de clase —esa situación de subordina-

ción, explotación, pobreza, inferiorización—, de esa otra subordinación específica que padecen las mujeres en todas partes y *por el hecho de ser mujeres*, es decir cuando el elemento «sexo» puede ser aislado como un factor específico de opresión, entonces y sólo entonces, la «cuestión de la mujer» pasa a ser una cuestión feminista.

El sexo comienza a ser tratado en las feministas socialistas en su sentido *de roles sexuales* que marcan las relaciones hombre-mujer en la primaria división del trabajo. En el mismo sentido y desde un enfoque estructuralista, se hablará, más tarde, de *sexo-género* que apunta al contenido cultural de «lo femenino» frente a «lo masculino» y su lugar en la producción (o en la reproducción).

El sexo como *sexualidad y deseo* o el sexo como necesidad de *afecto* y reconocimiento, que no puede incluirse en prácticas de la economía, será tratado muy tardíamente por las feministas socialistas, como si hubiera que atender antes a otras prioridades y aquello representara un lujo, una distracción burguesa o una mercancía más; o quizá un tabú. Se diría que hay un cierto puritanismo y conservadurismo en ello y parece que resonaran ecos religiosos en algunos de sus discursos al respecto; o quizá fuera, como dice Snitow que la Izquierda solo se ha interesado en aquello que se puede controlar⁴.

En el socialismo clásico, las relaciones sexuales están tratadas de forma marginal y con la aceptación implícita de una moral victoriana (A. Snitow, 1983, 159). Las formas tradicionales de matrimonio heterosexual monógamo habían sido aceptadas en Engels como un estadio superior de cultura y, aunque los países comunistas tuvieran, de hecho, unas fórmulas más flexibles de emparejamiento, habían perdido el espíritu igualitario y abierto de los socialistas utópicos y estaban lejos de las libertades sexuales que propugnaban las anarquistas o las feministas radicales.

⁴ Cfr Ann Snitow en la «Introducción» de *Powers of Desire* (1983) obra colectiva comp. de ella misma y de C. Stansell y S. Thompson, Nueva York, Montly Review Press.

Los discursos y planteamientos de la *política sexual* les viene a las socialistas de mano de las feministas radicales y de las radicales lesbianas. Desde el feminismo radical se va planteando la relación entre los sexos como un fundamental antagonismo social donde las mujeres están oprimidas, no solo en la *producción* de bienes y servicios que realizan en el trabajo fuera y dentro de la casa, sino por su *sexualidad* (como capacidad de *reproducción*), puesta al servicio de ellos. Desde el feminismo lesbiano, se insiste en la sexualidad como *deseo* y se va entendiendo cómo la heterosexualidad es la institución social que normativiza el deseo de las mujeres y las posiciona como *objetos* de deseo y por ello, de intercambio como moneda valiosa.

Para que la «cuestión femenina» se convierta en una *cuestión feminista* tiene, pues, que darse en el orden teórico, esta condición de haber aislado el sexo —en su doble dimensión de papeles sexuales y de deseo— como factor de opresión. Pero no es menos decisivo en el orden práctico, el haber pasado por la experiencia sexista que a muchas feministas socialistas les brindaba la diaria relación con sus compañeros revolucionarios. Lydia Sargent nos cuenta cuando las mujeres de la Nueva Izquierda:

(...) Ocupadas en limpiar y decorar las oficinas (...), cocinar para las cenas del Movimiento, ocuparse de cuidar los niños, yendo a animar a los activistas en las manifestaciones, escribiendo a máquina los panfletos, contestando los teléfonos y acostándose con los líderes (...) temían preguntarse ¿Esto es todo?⁵

La práctica política de las mujeres de izquierda se reducía, de hecho, a su participación a través de los tradicionales papeles «femenino» de madre, esposa, secretaria, musa u objeto sexual de ellos. El mismo problema, al fin, que seña-

⁵ Lydia Sargent en el Prefacio de la obra colectiva *Women and Revolution*, Boston, South End Press, 1981, pág. XIII.

lara Betty Friedan en *La Mística de la feminidad*, donde ellas acababan también preguntándose: «¿Esto es todo?»⁶.

3. EL MATRIMONIO DESGRACIADO ENTRE MARXISMO Y FEMINISMO. LA CEGUERA AL SEXO DE LOS ANÁLISIS MARXISTAS. LA NECESIDAD DE UN SISTEMA DUAL

Para definir las relaciones entre feminismo y marxismo, Heidi Hartmann, economista y socióloga, acuñó la feliz metáfora del «matrimonio desgraciado» en torno a la cual se desarrolló gran parte de la teoría feminista socialista americana de los años 80, recogida en el volumen *Woman and Revolution* (1981) cuyo subtítulo es, precisamente, «una discusión en torno al matrimonio desgraciado entre marxismo y feminismo»⁷.

En *Women and Revolution* se habla de un «matrimonio» porque marxismo y feminismo van a ir unidos en la medida en que las feministas socialistas, como socialistas, no pueden prescindir de los marcos teóricos marxistas; pero como feministas, han de ser capaces de aislar el *sexo* como factor específico de opresión de las mujeres, cosa que no podría aceptar el marxismo clásico. «El marxismo es ciego al sexo» acusa Heidi Hartmann la autora del ensayo líder del libro. Pero el feminismo —sigue Hartmann— «es ciego a la historia e insuficientemente materialista» (Hartmann, 1981, 2). Las respectivas cegueras y el empeño del marxismo en reducir y subsumir al feminismo, cual marido victoriano, hacen que el matrimonio entre ambos sea, en efecto, desgraciado. Y es a fin de lograr una unión más dichosa, duradera y enriquecedora como en los buenos matrimonios (o de provocar un divorcio definitivo) por lo que las socialistas reini-

⁶ *Ibíd.*

⁷ Heidi Hartmann, «The Unhappy Marriage of Marxism and Feminism: Towards a more progressive Union (1981)», en *Women and Revolution*, ob. cit., pág. 1.

cian el debate entre feminismo y marxismo de la mano de Heidi Hartmann.

Hartmann señala como la «cuestión de la mujer» no ha sido nunca en el marxismo clásico una «cuestión feminista» por cuanto allí se define la posición de las mujeres en sus relaciones de trabajo como clase desposeída. La obra de Engels *Los Orígenes de la familia, de la propiedad privada y del Estado* sólo implica para Heidi Hartmann, por ejemplo, que la liberación de la mujer requiere primero que ésta se convierta en trabajadora asalariada lo mismo que el hombre y, segundo, que debe unirse a su compañero en la lucha revolucionaria porque el capital y la propiedad privada son la causa de la opresión y de la explotación general. Respecto a la obra más reciente de Eli Zaretsky *El Capitalismo, la Familia y la Vida Personal*⁸, Hartmann opina que no ha centrado realmente el problema, pues si bien Zaretsky reconoce allí que el sexismo no es un fenómeno nuevo producido por el capitalismo, defiende que es el capitalismo el que ha producido la moderna separación entre las esferas del trabajo y de la vida privada, requiriendo de las mujeres la ocupación de proveer cuidados a los trabajadores y apartándolas así del trabajo asalariado. Para Hartmann, Zaretsky no ha entendido que las mujeres en la esfera privada de su vida personal no trabajan tanto para el capital, cuanto para sus respectivos hombres.

Centrar el problema significa para Hartmann, reconocer que las mujeres padecen una específica opresión *como mujeres*, en sus relaciones con los hombres *como hombres*, es decir, no como compañeros trabajadores o empresarios, sino como parejas, como hijos, o padres o hermanos; y significa reconocer que esas relaciones de opresión no pueden ser explicadas en términos de capitalismo sino en los términos feministas de que existe un sistema específico de dominación masculina: *el patriarcado*. Centrar el problema sería enten-

⁸ Eli Zaretsky, «Capitalism, The Family and Personal Life», *Socialist Revolution*, núm 13-15, 1973.

der que el patriarcado no es una actitud (como el *sexismo*) ni una realidad ideológica que opera en la superestructura, sino una estructura de relaciones sociales de dominación que tiene su «base material» su «modo de producción», su historia, sus variaciones y sus complicidades con el otro sistema que define hoy las relaciones sociales entre las clases: el capitalismo.

La conclusión de Hartmann que aceptan las feministas socialistas de la Nueva Izquierda es que *Patriarcado y Capitalismo* son dos sistemas que rigen nuestra sociedad actual y que ésta no puede ser entendida si no se unen los elementos que aporta el marxismo para entender la dinámica del capital, con aquellos propios del feminismo, interesado en analizar las relaciones de poder entre los sexos. Se trata de remediar esta «ceguera al sexo» del marxismo iluminándola con las armas del análisis feminista (radical); o de someter el factor *sexo*, central en el feminismo radical, al análisis marxista, a su historización y a su «materalización».

Las socialistas aceptan, de entrada, que *Patriarcado y Capitalismo* son dos sistemas autónomos, analíticamente discernibles y distintos en su desarrollo (un Estado puede convertirse en socialista y seguir siendo patriarcal como habían tenido ocasión de comprobar); lo que se discute es cómo ambos sistemas se relacionan entre sí, qué grado de cohesión tienen y en qué medida se apoyan o se refuerzan o permanecen independientes, cada uno fiel a su propia dinámica. Diversas autoras aportarán soluciones diferentes pero todas estarán de acuerdo en que para analizar las relaciones sociales del mundo contemporáneo habría que referirse al capitalismo y al patriarcado (así como en los años 90 hablarán de globalización— como la nueva forma del capitalismo— y patriarcado y más tarde, de las relaciones de poder patriarcal en el cyberespacio⁹).

⁹ Respecto a las relaciones del feminismo con la cybereconomía y la

Las teorías del Doble Sistema Doble o del Sistema Dual (*Dual System*) como lo bautizó Iris Young en un artículo de 1980¹⁰, parecían las más adecuadas, entonces, para explicar la situación de las mujeres.

4. TEORÍAS DEL SISTEMA DUAL. DIFERENCIAS Y CONEXIONES ENTRE LOS DOS SISTEMAS

Las primeras formulaciones del «Dual System», si bien no reconocido como tal, pueden rastrearse en la obra de Juliet Mitchell *Woman's State* (1971). La condición de la mujer —afirma, allí Mitchell— «no puede ser derivada de la economía (Engels) ni identificada simbólicamente con la sociedad (joven Marx). Más bien ha de contemplarse como una estructura específica que resulta de la unión de diversos elementos». Ahora bien, esta estructura específica que da cuenta de la particular opresión de la mujer —sigue Mitchell—, no es algo fijo en una suerte de universal ahistórico: la variación en las condiciones de la mujer a lo largo de la historia será el resultado de la diferente combinación de diversos elementos. (Mitchell, 1971, 100). Los elementos que inciden en la situación de opresión de la mujer, se resumen, para Mitchell, en dos: *Producción y Familia*. Por un lado, a través de la «producción» la mujer sigue la suerte de todo explotado, siendo obligada a realizar «trabajos de mujeres» en la división primaria del trabajo por sexos y, por otro lado, la adscripción de la mujer a la esfera privada de la familia hace de la maternidad una servidumbre convirtiéndola en labor reproductora donde el propio hijo es contemplado

cultura del cyberespacio, veáanse las referencias en *Signs* (vol. 28, primavera de 2003, pág. 978) a la obra de Zillah Eisenstein, *Global Obscenities: Patriarchy, Capitalism and the Lure of Cyberfantasy*, 1999.

¹⁰ Cfr. Iris Young, «Socialist Feminism and the Limits of Dual System Theory», *Socialist Review*, núm. 50-51, vol. 10, 1980, págs. 169-188.

como un producto más. En la esfera de la familia no sólo se oprime a la mujer en sus labores de socialización de los niños (clave para reafirmar la función materna como su único destino) sino también a través de una sexualidad que la objetualiza.

Según Mitchell, la particular opresión de la mujer sólo puede explicarse desde una teoría que, como la anterior, sea lo suficientemente amplia para dar cuenta del hecho universal de la opresión femenina y, al mismo tiempo, lo suficientemente específica para no perder las peculiaridades históricas que esta opresión de la mujer ha revestido a lo largo de los tiempos. Así por un lado, toma las categorías marxistas de la *explotación* y la *plusvalía* para explicar cómo el elemento «producción» incide en la mujer a través de la *división del trabajo por sexos*; y por otro, hace un análisis sociológico y psicológico de la familia que da cuenta de la peculiar opresión que la mujer sufre como madre, como objeto sexual y como aya de los niños.

En su teoría del Doble Sistema, Mitchell da al sistema «capitalista» una realidad material al centrarlo en las relaciones económicas; pero al patriarcado confiere una realidad ideológica en cuanto que, según ella, opera principalmente en el *ámbito psicológico*, siendo el responsable de la formación del «género»: el niño y la niña aprenden a ser «hombre» y «mujer» respectivamente, a través de un ideal de masculinidad o feminidad que dicta y preserva el patriarcado aunque estos ideales no se correspondan a la realidad socioeconómica del momento.

Para Heidi Hartmann el patriarcado no es, en modo alguno, ideológico, ni es una actitud sino que tiene el mismo peso de realidad material que el capitalismo: se puede reconocer en las relaciones que los hombres mantienen con las mujeres dentro del sistema capitalista como otro sistema distinto cuyos elementos esenciales hoy serían «el matrimonio heterosexual (y la consiguiente homofobia), la dependencia económica de las mujeres (...) el Estado y numerosas instituciones basadas en relaciones entre varones —clubs,

deportes, sindicatos, profesiones, universidades, corporaciones y ejércitos—» (Hartmann, 1981, 18). Hay que reconocer —sigue Hartmann— que la subordinación de las mujeres y la jeraquía e interdependencia entre los varones son necesarias por igual, para el funcionamiento de nuestra sociedad de hoy y que estas relaciones entre hombres y mujeres, no son casos aislados o asuntos privados de pareja, sino que son relaciones sistémicas. * *relación de los hombres con las mujeres.*

Para Hartmann, capitalismo y patriarcado como sistemas diferentes, no comparten, necesariamente los mismos intereses como se echa de ver en el caso del trabajo de las mujeres: la gran mayoría de los hombres quisieran tener a una (su) mujer trabajando en casa mientras los capitalistas desearían que la mayoría de las mujeres (no las suyas) trabajaran fuera también. Pero si se acepta la dinámica histórica de ambos sistemas, piensa Hartmann, hoy y desde la industrialización del trabajo, puede decirse que patriarcado y capitalismo mantienen una estrecha relación de adaptación y de acomodación mutua lo que puede ilustrarse con el caso del «salario familiar» que pactan en su momento sindicatos y patronal (varones) para rebajar el sueldo de las mujeres. En este caso, está claro el pacto interclasista que promueven trabajadores y empresarios en el mismo interés patriarcal de dejar fuera a la mujer trabajadora, por un lado como competencia en tanto que mano de obra más barata, y por otro, como amas de casa —*sus mujeres al fin*— que tendrían, con su otra jornada, menos tiempo para servirles en lo doméstico (Hartmann, 1981, 20).

En el siglo xx, concluye Hartmann, patriarcado y capitalismo se apoyan y se refuerzan. «El patriarcado, estableciendo y legitimando la jerarquía entre los varones (por el procedimiento de permitir a los varones de cualquier grupo, controlar al menos, algunas de las mujeres), refuerza el control capitalista; y a su vez, los valores capitalistas, delimitan la definición de lo que es bueno para el patriarcado» (Hartmann, 1981, 27).

Zillah Eisenstein ve en la política del actual Estado nor-

teamericano la encarnación de la teoría del Doble Sistema: Capitalismo y Patriarcado serían los elementos que definen la dinámica de actuación de los EEUU. «Ello significa —aclara la citada autora— que la política social (de este país) está conscientemente dirigida, tanto a mantener un sistema social jerárquico en el cual el hombre siempre domina, cuanto a continuar una estructura económica clasista»¹¹.

La caracterización de los EEUU como un Estado capitalista (o neocapitalista), en el sentido usual del término, no ofrece mayores dudas, pero lo que puede no quedar tan claro es la tesis que mantiene Eisenstein en casi todas sus obras de que el norteamericano es un Estado fundamentalmente patriarcal. A simple vista podría pensarse que el estado liberal norteamericano ha funcionado de una forma notable en los últimos tiempos como mediador de los derechos formales de la mujer. Pues bien, según Z. Eisenstein un análisis que no tenga en cuenta el componente patriarcal del Estado norteamericano no desvelará sus auténticos intereses ni aclarará el por qué de la tan cacareada «crisis del liberalismo» que acusa la «Nueva Derecha» («New Right»).

A partir de su brillante análisis de la «crisis del liberalismo» —tal y como la concibe la Nueva Derecha— Zillah Eisenstein encuentra el punto de conexión en el que confluyen los intereses del Estado con el Capitalismo y el Patriarcado. La Nueva Derecha norteamericana representa una coalición (no siempre en buen entendimiento) entre partidos políticos conservadores, sectas religiosas fundamentalistas (que incorporan a sus métodos de evangelización la últimas técnicas de los *mass media* y son llamadas por eso la «Iglesia Electrónica»), sectores de población como la

¹¹ Cfr. Zillah Eisenstein, «The Sexual Politics of the New Right», en Nancy Keohane, B. Gelpi y Michelle Rosaldo (comp.), *Feminist Theory: A Critique of Ideology*, Chicago, University of Chicago Press, 1982, pág. 88.

«Moral Majority» y movimientos antifeministas como la organización «Pro-Life».

La llamada New Right, preocupada tanto por la ola de pornografía y erotismo que nos invade como por el aumento de los impuestos que no corre parejo con el aumento del bienestar (individual), habla de una «crisis del estado liberal» que ya no puede hacer frente, en su opinión, a las demandas sociales, crisis que atribuye a los «abusos de la democracia» en cuanto que el sistema de Seguridad Social («Welfare») ha ampliado demasiado sus cometidos, apropiándose de funciones que sólo competen a la familia (como son las de salud, bienestar y educación).

La crítica del liberalismo que hace la New Right —observa certeramente Zillah Eisenstein— se centra en *atribuir esta crisis a las relaciones equivocadas que mantiene el Estado con la familia*. El estado de Bienestar («Welfare State») institucionalizado por el liberalismo es el responsable, como proclama G. Gilder —uno de los teóricos economistas más sonados de la New Right— *del debilitamiento de la familia* (como institución tradicional en su forma nuclear y patriarcal) pues al primar a la mujer cabeza de familia o al proteger a la madre soltera, *deteriora el papel del padre como proveedor*. En la cultura del Welfare State —dice Gilder— el dinero no es algo ganado por el hombre sino un derecho que el Estado confiere a la mujer¹².

De manera que —concluye Eisenstein— una disyunción en la familia crea, según la Nueva Derecha, una disyunción en la Economía, ya que el hombre sólo produce cuando se siente conectado con los deberes familiares y el hecho de que la mujer se independice con un sueldo propio, o goce de los beneficios de la Seguridad Social, *desanima al padre de sus obligaciones de proveedor y trabajador*.

¹² Cfr. George Gilder, *Wealth and Poverty*, Nueva York, Basic Books, 1981.

La solución a la crisis del Estado de Bienestar que propone Gilder, de acuerdo al espíritu de la New Right, no puede ser otra que la de «fortalecer el papel del hombre en las familias pobres» y mantenerlo en las familias de clase media y alta como «primera prioridad en cualquier programa serio contra la pobreza». (Eisenstein, 1982, 87).

La conexión entre Capitalismo y Patriarcado la descubre Eisenstein en los análisis y las propuestas de los teóricos de la Nueva Derecha quienes están convencidos de que la anarquía familiar es la causa tanto de la «crisis del liberalismo» como del aumento de la pobreza. Teóricos como Gilder proponen restaurar el poder del padre, fortalecer el patriarcado como el camino más fácil para alcanzar una «economía productiva» que no necesita del Estado de Bienestar por cuanto la madre se dedicará a sus labores sin hacer dejación de ellas al Estado. Si la mujer, en efecto, se retira del mercado del trabajo (a lo que puede contribuir el que se rebajen los impuestos), habrá más trabajos para los hombres y se ahorrarán las prestaciones de la Seguridad Social, evitándose la disolución familiar ya que la mujer, sin la independencia que le da un sueldo, no podrá servirse por sí misma. Aquí, los dos sistemas, Capitalismo y Patriarcado se refuerzan el uno al otro bajo la política de la Nueva Derecha norteamericana, hasta el punto de poder hablarse hoy en los EEUU de un *Estado capitalista-patriarcal*, concluye Eisenstein.

Algunos de los ensayos en el volumen citado *Women and Revolution* se inclinan, sin embargo, por disolver el dualismo en un solo sistema con elementos de ambos. Iris Young, en particular, había expresado en un artículo de *Socialist Review* (1980) su disconformidad con el Sistema Dual, que a su parecer, a pesar de ser doble se quedaba corto porque la citada dualidad no es ni necesaria ni suficiente.

No es suficiente, dice Young, porque el principal problema con el que van a tropezar las teóricas del Doble Sistema va a ser el que, situando la opresión de la mujer en un lugar primario, la familia, no van a poder explicar el carác-

ter de otras opresiones femeninas que se dan fuera de los ámbitos familiares domésticos como son el uso que de la mujer se hace como símbolo sexual o el acoso sexual a la mujer en el trabajo y otras formas de sexismo de las que no pueden dar cuenta las teorías de las relaciones de producción (o re-producción). No es suficiente porque no va lo suficientemente lejos en su explicación de la opresión de la mujer. El Doble Sistema —dice— no hace más que complementar la doctrina marxista tradicional de las relaciones de producción, aceptando tácitamente la tradicional postura marxista de que «la cuestión de la mujer» es subsidiaria respecto a la central cuestión de la teoría de la sociedad¹³.

Y el Sistema dual no es necesario porque lo que hay que hacer —afirma decidida— es enfrentarse directamente con el fallo del marxismo que no es solamente una teoría inadecuada de la opresión de la mujer, sino una teoría inadecuada de las relaciones sociales (Young, 1980, 180). Y así recomienda: «lo que necesitamos no es una síntesis de feminismo con el marxismo tradicional sino un feminismo materialista histórico más profundo que tenga en cuenta las relaciones sociales de una formación histórica particular como un sistema en el cual la diferenciación genérica sea el atributo clave» (Young, 1980, 181).

Su propuesta es, en fin, una teoría unificada a la que llama «feminismo materialista histórico» donde las jerarquías de género, los status genéricos, los cambios en las relaciones de género y las ideologías acerca de los géneros van a tenerse en cuenta como aspectos centrales de cualquier formación social. (Young, 1980, 184).

Pero este «feminismo materialista histórico» que defiende Young, no va a ser meramente una teoría de la opresión de la mujer sino que nace con la pretensión de ser una

¹³ Cfr. Iris M. Young, «Socialist Feminism and the Limits of Dual Systems Theory», en *Socialist Review*, núm. 50-51, 1980, pág. 176.

teoría de la totalidad de las relaciones sociales que toma las características de género como un atributo clave de esas relaciones. El intento de Young es, al fin, el de elaborar una teoría unificada a partir del Doble Sistema, que no sólo dé cuenta de la particular opresión de la mujer, sino que, precisamente por incluir a la mujer, dé cuenta de toda relación de opresión. Es el sueño de una teoría cuasi total de las relaciones sociales, que por un lado, remedie la práctica de las militantes socialistas, condenadas como decía B. Erenreich «a asistir dos veces al mismo mitin» y, por otro lado, ofrezca el suficiente poder explicativo sobre la situación de las mujeres con el mayor grado de consistencia y simplicidad posibles.

En su artículo de contestación a Hartmann en la misma obra colectiva *Womend and Revolution*, Young insiste en la imposibilidad práctica de separar la lucha contra el capital de la lucha feminista contra el patriarcado (Young, 1981, 63) ya que al capitalismo le es esencial la marginalización del trabajo de las mujeres (Young, 1981, 61); a ello se le añade la dificultad teórica de aislar las relaciones *específicas* del patriarcado, más allá de las relaciones de producción en la esfera privada. El feminismo, concluye Young, puede explicar desde instancias de género, por qué se da una jerarquía de lo masculino y lo femenino (construida culturalmente) pero no puede explicar cómo los hombres en una particular sociedad ocupan una posición de superioridad, si no se tiene en cuenta que hay una organización económico—social que les ha dado, previamente, un acceso y un control sobre los recursos que ellas no tienen (Young, 1980, 176).

Inasequible a las críticas que proponían un sistema unificado que determinara tanto el género como las relaciones económicas Heidi Hartmann siguió postulando la conveniencia de un doble sistema «para entender nuestra sociedad y las duales (y de hecho, múltiples) motivaciones de los distintos grupos y sus alianzas, pero también para entender la persistencia del patriarcado en las sociedades socialistas» (Hartmann, 1981, 364).

Las feministas socialistas tendrían, pues, ante ellas una doble batalla; la lucha contra el Capital y la lucha contra el Patriarcado. Para la primera, conocen sus reglas y sus estrategias. Se trata ahora de definir la segunda, su dinámica y sus puntos de conexión con la primera, desde los parámetros marxistas.

Hartmann entendió, entonces, que la prioridad estaba en hacer algunas revisiones en la teoría marxista en orden a que pudiera dar cuenta de las relaciones de sexo y de explicar lo específico del sistema patriarcal, en particular en lo que a su «base material» se refiere.

5. EL SISTEMA PATRIARCADO. LA AMPLIACIÓN Y REDEFINICIÓN DE LAS CATEGORÍAS MARXISTAS

La definición que Hartmann propone para el *Patriarcado* insiste en la realidad *material* del mismo (no ideológica) y en su carácter de *pacto interclasista* entre los varones:

Patriarcado es un conjunto de relaciones sociales entre los hombres, que tiene una base material, y que a través de jerarquías, establece o crea interdependencia y solidaridad entre los hombres lo que les permite dominar a las mujeres. Aunque el patriarcado jerárquico y los hombres de clases diferentes (...) ocupan lugares diferentes en el patriarcado, todos ellos están, sin embargo, unidos por su relación compartida de dominación sobre las mujeres.

(Hartmann, 1981, 14)

La importancia concedida en la definición del patriarcado, a ese segundo párrafo donde habla del pacto entre varones para dominar a las mujeres, prelude la «cuestión masculina» dentro del feminismo socialista: ¿qué papel tendrían ellos en la revolución antipatriarcal? ¿podrían las socialistas contar aquí con sus compañeros? ¿estarían ellos dispuestos a romper este pacto de fraternidad de siempre? ¿cómo, si sus in-

→ ¿qué papel tendrían los hombres en una revolución anti-patriarcal?

tereses, como grupo genérico, están en conflicto y habrían de perder sus privilegios como varones? No está claro, para Hartmann, desde la experiencia y desde la teoría, el que el socialismo abarque una misma lucha para ellos que para ellas. Lo que le queda claro es que un verdadero ideal socialista que incorporara el feminismo, requeriría el que los varones renunciaran a sus privilegios. Por eso Hartmann no se recata al avisar, en la fórmula clásicamente marxista, que los hombres socialistas «tienen mucho más que perder además de sus cadenas» (Hartmann, 1981, 33).

Los hombres en el patriarcado mantienen su poder, dice Hartmann, controlando el acceso de las mujeres a los recursos, controlando su fuerza de trabajo en lo doméstico y restringiendo su sexualidad. Con ello sacan un provecho en términos de servicios personales que les dispensan a ellos de realizar muchas tareas desagradables, dentro y fuera de casa (como limpiar los baños o servir los cafés en las oficinas), o bien en términos de servicios sexuales. En el patriarcado, en fin, se trata de una *apropiación* por parte de los hombres de algo que *tienen las mujeres* o que *hacen las mujeres*, lo que las sitúa a ellas en unas relaciones de dominación, en un «modo de producción» opresor e injusto.

El punto de arranque de toda teoría feminista socialista está en la categoría marxista del «modo de producción» (o la organización social, que determina las relaciones que se establecen bajo las cuales un colectivo vive y trabaja) para aplicarlas al caso de las mujeres en sus labores de (re-)producción.

El concepto producción en Marx puede referirse tanto a la creación de materiales de consumo (bienes y alimentos) —y más concretamente a la producción de objetos que se compran y se venden (mercancías)—, cuanto a las actividades necesarias para la pervivencia de la especie. Pronto se echa de ver que el paradigma de la producción que implica una relación de sujeto que transforma o conforma o hace un objeto dado, no puede aplicarse a actividades que tradicionalmente han definido a la mujer y que la sitúan en una relación de opresión como es la crianza de los hijos y el cui-

dado de la familia. En efecto, parece que no podría hablarse de «producción de hijos» o de personas en el mismo sentido que «producción de mercancías». Las propias socialistas se dieron cuenta del mal efecto que surtía entre sus oyentes el que hablaran de «doble fardo» para referirse a la doble jornada de las trabajadoras, calificando a los hijos con las mismas características de pesadez y alienación que el trabajo asalariado que desarrollaban (W. Luttrell, 1984, 46).

Las socialistas se vieron en la necesidad de elaborar categorías —desde los marcos marxistas— que pudieran explicar la complejidad del trabajo de las mujeres y las características de su particular opresión. Así, por un lado, reelaboran el concepto de *producción—reproducción* y el de *trabajo*; y, por otro, en otros casos y autoras, amplían la realidad de la *base material* y las áreas de *explotación* más allá de los planteamientos económicos.

Al igual que se había hecho para el «modo de producción» capitalista, se veía necesario el desvelar las estructuras y dinámicas de un modo de (re-)producción patriarcal que contestara, en primer lugar a las preguntas de qué «producen» las mujeres, qué clase de trabajo realizan *qua mujeres*, en el marco de qué clase de relaciones que las mantienen oprimidas y, acaso, explotadas y, en último término, quién saca beneficios de esta situación.

Tradicionalmente se había aceptado que la *producción* específica de las mujeres se daba en el *ámbito doméstico* y se refería a las labores caseras y a la reproducción de la especie con la cría de los hijos. El contenido de la «reproducción» se fue ampliando, desde bases marxistas, hasta incluir la (re)producción de las actitudes y la producción de «personas» sexuadas: hombre y mujeres, posicionados de forma jerárquica. Poco a poco se fue abandonando el contenido de la «producción doméstica» que apuntaba a los *trabajos* más evidentemente materiales que realizaba el ama de casa (lavar, cocinar, cuidar niños, etc.) para centrarse en los contenidos de una *producción afectiva* como el lugar más característico donde se dan las relaciones de desigualdad y opresión femeninas.

Ann Ferguson, una activista socialista en la comunidad lesbiana, popularizó el concepto que había acuñado en el artículo conjunto con Nancy Folbre para *Woman and Revolution*: la «producción sexo-afectiva»¹⁴. La *producción afectiva* ampliaba el concepto de «producción» hacia bienes no tangibles pero tan necesarios como el alimento y la casa, a saber los referidos a los afectos, cuidados y satisfacción sexual que las mujeres proveían como su trabajo específico (Ferguson y Folbre, 1981, 318). La mujer en la sociedad patriarcal, dicen las autoras, ha sido definida, ante todo, como *nutriente* («nurturer»), lo que significa que ha de estar siempre dispuesta para ofrecer cuidados, soporte emocional y/o satisfacción sexual a los suyos. El modelo primario de esta disponibilidad emocional sería *la madre*, siempre atenta a las necesidades del hijo. La maternidad como institución a partir del concepto de *lo femenino-nutriente*, ha sido siempre —según las autoras— un importante mecanismo para el mantenimiento del patriarcado (Ferguson y Folbre, 1981, 319).

Reconociendo su deuda radical con Firestone¹⁵ y, a partir de los planteamientos posteriores de Ferguson, Sandra Lee Bartky recoge el tema de *la producción emocional o sexual-afectiva* para centrarse en los efectos alienantes que supone este trabajo en las mujeres y en la carga de «explotación» que conlleva¹⁶.

Sandra Lee resume las labores de soporte emocional en lo que ella llama *la cura de heridas y el alimento del ego* en un artículo del mismo nombre de 1990. Estas metáforas psico-

¹⁴ Cfr. «The Unhappy Marriage of Patriarchy and Capitalism», en *Women and Revolution*, ob. cit., 1981, págs. 313-338.

¹⁵ Quien había escrito: «(...) la cultura (del macho) era (y es) parasitaria, alimentándose de la fuerza emocional de las mujeres, sin reciprocidad alguna». *The Dialectic of Sex*, Londres, The Women's Press, 1979, pág. 122.

¹⁶ Cfr. Sandra Lee Bartky, «Femininity and Domination. Studies in the Phenomenology of Oppression», *Thinking Gender*, Nueva York, Routledge, 1990.

lógicas aluden a otra clásica literaria, la del «descanso del guerrero» que imagina a las mujeres, en lo privado, ofreciendo a sus hombres el apoyo que necesitan después de enfrentarse a un mundo hostil. Allí estará la mujer para curar las heridas —si no las físicas, las psicológicas— en el narcisismo de ellos, dándoles comprensión, ternura, apoyo, ánimo y autoestima.

Pero el caso es que ellas no obtienen reciprocidad en este tipo de relaciones. Ellas, las nutrientes, no cuentan con otra figura establecida que funciones de «reposo» o cure sus heridas o alimento su *ego*. El intercambio en estas relaciones emocionales es igual a un juego de suma cero: lo que uno gana la otra lo pierde (Lee, 1990, 105). Y así, contrariamente a los principios educativos (patriarcales) para las niñas, donde se les enseña que el dar enriquece, este «darse», aprendiendo a encontrar su satisfacción en la de los otros, empuja a las mujeres debilitando su ego y haciéndolas más aptas para la sumisión que para el mando.

Sandra Lee abre su artículo «Feeding Egos» con una referencia a la cultura popular de los «bets sellers» de autoayuda que se han centrado, últimamente, en torno a la «crisis amorosa» entre las parejas (heterosexuales). En su breve análisis de una de las publicaciones más conocidas *Smart Women, Foolish Choices* (1985) (Versión castellana *Bellas, inteligentes... y solas* [1989]), concluye que los autores —psicólogos varones— reconocen que todos los hombres, en sus relaciones sentimentales, dan mucho menos que lo que reciben (en términos de soporte emocional) y que éste desequilibrio es fuente de la frustración de tantas mujeres que llenan las consultas de psicólogos. Dado que estos manuales de autoayuda van dirigidos a ellas, allí se les va a enseñar cómo arreglarse a partir de este hecho —pues «con estos bueyes hay que arar», como se diría en castizo—, y así, lo más realista sería el que las mujeres rebajaran sus expectativas amorosas al respecto y no pusieran tanta carne en el asador.

En efecto, en orden a resolver la «crisis amorosa» por la que tantas féminas inteligentes tienen relaciones decepcio-

nantes y frustantes, los autores de *Smart Women...*, creen que las mujeres han de entender —y aceptar— que los hombres no quieren hembras sexualmente agresivas, ni feministas airadas, personajes que les asustan sobremanera (*Bellas...* 1989, 73, 78) Lo *sexy*, lo que a los varones resulta atractivo son las características femeninas de atención, calidez y sensibilidad y el que a las mujeres no se les note esa «sed emocional» que les pondría a ellos en la incómoda exigencia de responder con las mismas atenciones. (*Bellas...* 59). Para Sandra Lee, aquí se está hablando de una relación de *explotación* como había sostenido anteriormente Ferguson¹⁷ ya que los varones se apropian de un trabajo que realizan las mujeres, quedando ellas empobrecidas, frustradas y alienadas en su ego.

Cuatro tipos de bienes, había señalado Ferguson como los producidos en este sistema de *producción emocional*: *intendencia doméstica*, *crianza de los niños*, *cuidados (niños, mayores y marido)* y *disponibilidad sexual*. Las «labores femeninas» se van así perfilando como labores de *cuidado* que funcionarían como la condición de posibilidad de las labores de pura intendencia, en la medida en que éstas responden a la definición y aceptación de la mujer como «nutriente», desde su primer modelo: la madre (que, por definición, está siempre disponible).

La *base material* del patriarcado habría que buscarla, entonces, no tanto en la apropiación por parte de los hombres de la fuerza y el producto del trabajo doméstico de las mujeres, cuanto en la *apropiación de unas capacidades emocionales*, vitales en el desarrollo de cualquier ser humano, que ellas dan en unas relaciones desigualitarias e injustas. Pero el terreno de lo psicológico y emocional parecía, en principio, muy poco «material» para asentar tales bases materiales.

¹⁷ Ann Ferguson, *Blood at the Root: Motherhood, Sexuality and Male Dominance*, Londres, Pandora Press, 1989.

6. EN BUSCA DE LA BASE MATERIAL DEL PATRIARCADO

En su teoría del Sistema Dual Heidi Hartmann había sostenido que el patriarcado no era un modo ideológico sino que se sustentaba en una *base material*, producto de relaciones entre los hombres y las mujeres. Desde la ortodoxia marxista, estas relaciones habían de ser «económicas» para tener el estatuto de «materiales». Hartmann, en efecto declara:

La base material en la que descansa el patriarcado, reside fundamentalmente, en el control de los hombres sobre la fuerza de trabajo de las mujeres. Los hombres mantienen este control, excluyendo a las mujeres del acceso a recursos esenciales (...) y restringiendo la sexualidad de las mujeres (...) ambas cosas, en orden a que les ofrezcan diversos servicios personales y sexuales y para que críen a los niños

(Hartmann, 1981, 15)

A otra socialista, Barbara Ehrenreich, le llama la atención la importancia que se sigue dando al trabajo doméstico como *base material* del patriarcado en una sociedad, como la americana de hoy, donde las comidas preparadas, las lavanderías automáticas y otras conveniencias, hacen posible que el hombre pueda prescindir de tales servicios¹⁸.

La crítica de Ehrenreich a esta *base material*, incide frontalmente en las teorías del Sistema Dual puesto que si fuera cierto que el patriarcado fortalece al capitalismo y que el trabajo doméstico es esencial al patriarcado —argumenta— no se puede entender cómo el capital no se ve hoy seriamente debilitado en estas sociedades en las que las mujeres hacen menos labores domésticas y donde los varones, interesados en otras formas de gastar su dinero, parece que han abdi-

¹⁸ Barbara Ehrenreich, «Life Without a Father: Reconsidering Socialist Feminist Theory», *Socialist Review*, núm. 73, vol. 14, núm. 1, 1984.

En el sistema económico, el rol tradicional de marido que gana el pan (Ehrenreich, 1984, 53). Por otro lado, recalca la autora que el paradigma capitalismo + patriarcado, da la supremacía al capitalismo mientras despersonaliza a la mujer en la medida en que, al definirla desde la «reproducción» da por perdida su autonomía potencial como subjetividad humana, condenándola a repetir y repetir el mismo viejo sistema de dominación.

Es cierto que Hartmann, en el intento de no desencajar la opresión-explotación de las mujeres de las categorías económicas marxistas ortodoxas, insiste en las labores materiales que las mujeres realizan en lo doméstico y el beneficio que a ello reporta a los hombres. Pero también es cierto que en su definición del patriarcado, abre la puerta a otros elementos no tan materiales-económicos a la base del poder patriarcal.

Hartmann reconoce que junto a la producción económica se da una (re-) producción de personas, no sólo como especie sino en cuanto *seres humanos sociales*. Y la forma en la cual las personas se (re-) producen tiene que ver con un sistema de organización que no es puramente económico ni ideológico: el *sistema de género* que crea personas como «hombres» y «mujeres» (Hartmann, 1981, 16).

Hartmann toma del influyente artículo de Gayle Rubin «El tráfico de mujeres»¹⁹ el concepto de «sistema de sexo-género» como «una serie de disposiciones, de acuerdo a las cuales, una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana y en el modo en que esas necesidades sexuales transformadas, son satisfechas» (Rubin, 1975, 159).

Parafraseando a Marx, Rubin abre su artículo preguntándose «qué es una mujer» para contestarse «sencillamente, una hembra de la especie humana. Una mujer, es una mu-

¹⁹ Cfr. Gayle Rubin, «The Traffic in Women: Notes on the Political Economy of Sex», en Rayna Reiter (comp.), *Toward and Anthropology of Women*, Nueva York, Montly Review Press, 1975.

jer. Solamente se convierte en doméstica, esposa (...) o prostituta, a través de unas ciertas relaciones». Son las relaciones de dominación patriarcal lo que llegan a convertir a un ser humano mujer, en doméstica o en reproductora o en objeto sexual al servicio de ellos. Se trata del sistema de *sexo-género*, una construcción social que produce «lo masculino» y «lo femenino» por adscripción de una serie de características y expectativas en los planos práctico y simbólico y que coloca a las mujeres por debajo de los hombres. Así, el «sexo» convertido en «género» es, en realidad, un principio organizador de la sociedad, la normativa que determina qué puede hacer una mujer y qué un varón; una metáfora, en fin, para ordenar todo tipo de objetos, características y fenómenos.

Rubin, quien trabaja desde la antropología, examina la construcción social de «la mujer» desde los sistemas de parentesco y el intercambio de mujeres que Lévy Strauss colocara como principios constitutivos de la cultura. Si en los sistemas de parentesco descritos por Lévy Strauss, el intercambio de mujeres es fundamental (por cuanto crea vínculos de sangre entre las dos partes), ello implica, argumenta Rubin, la previa objetualización de ellas como objetos de intercambio y la institución de la heterosexualidad como norma.

Hartmann utiliza el concepto de *sexo-género* de Rubin para explicar el modo de (re) producción de los seres humanos en el patriarcado. El sexo-género sería el responsable de la primaria división del trabajo y de la construcción de la sexualidad como heterosexualidad (Hartmann, 1981, 16).

Joan Scott señala la dificultad, empero, de las feministas marxistas norteamericanas para dar cabida a discusiones sobre ideología, cultura y psicología dentro del tema del género sin que éste logre un *estatuto analítico propio* porque las socialistas no pueden desprenderse del todo del marco marxista donde la «ideología del género» (como *superestructura* simbólica, psicológica, etc.) no puede dejar de reflejar las estructuras económicas y sociales.

Piensa Sandra Harding al respecto (y un tanto injustamente como hemos visto) que Hartmann se mantiene en

la postura ortodoxa marxista de un «materialismo reduccionista y estrecho»²⁰ asumiendo que las relaciones económicas de la esfera privada en la vida familiar, soportan, al fin, al patriarcado (y, en última instancia, al capital). Se pregunta, entonces, qué otras relaciones, además de las económicas, pueden constituir la base material del patriarcado. Y junto a la cuestión clave que se había planteado Hartmann respecto al trabajo de las mujeres («¿Quién se beneficia directamente del trabajo doméstico?») en orden a discriminar el patriarcado del capital, Harding, se plantea otra, a su juicio, igual de pertinente en el ámbito del trabajo (re) productivo femenino: «¿Cuál es la naturaleza real de lo (re) producido por las mujeres?» No son sólo medios de subsistencia, responde, ni siquiera la (re-) producción de la propia especie: lo producido en la esfera familiar, según la división por género, *son personas que experimentan el proceso de convertirse en personas sociales* «con determinaciones psicológicas para reproducir el patriarcado y el capitalismo» (Harding, 1981, 145).

Harding quiere incorporar las investigaciones de Nancy Chodorow relativas a la reproducción del género en la *función maternal* («mothering»), función que, según Chodorow, es la instancia clave del patriarcado que relega a las mujeres a la esfera de lo doméstico. El que la mujer —además de parir— haga la función de madre no es un hecho natural sino cultural que necesita ser explicado para ambas autoras; y el que la madre sea quien transmite y reproduce el género, a través de diferentes actitudes en la cría del niño o de la niña que aprenderá a ser «mujer» como *mamá*, es la tesis general de *Mothering*²¹. Harding considera que el elemento psicológico es fundamental en la producción de personas y no

²⁰ Cfr. Sandra Harding, «What is a Real Material Base of Patriarchy and Capital?», en *Women and Revolution*, ob. cit., págs. 136-163.

²¹ Nancy Chodorow, *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender* (1979), Berkeley, CA.

puede separarse del género, que va troquelando «hombres» o «mujeres» según formas distintas de relación de los hijos con quien ejerza de madre (que siempre es una mujer).

El sistema de sexo-género, va a ser considerado, pues, en las feministas socialistas, el *modo de producción patriarcal* en el que se construyen las personas en sus relaciones más inmediatas: las de los hombres con las mujeres, donde las mujeres se sitúan en posición de inferioridad. Y en la construcción de las personas sociales, hombres y mujeres, la *sexualidad* juega un importante papel en la forma de la heterosexualidad como institución que permite el que ellas sean objetualizadas.

Katherine Mc Kinnon había señalado en 1982 la importancia de la *sexualidad* en la formación de seres sociales, hombres y mujeres en la medida en que una determinada concepción del sexo organiza, expresa y dirige el deseo hacia uno u otro tipo de relación.

Michel Foucault en su *Historia de la Sexualidad* (1976) había criticado el tradicional entendimiento del sexo como una fuerza inmediata, instintiva y natural para proponer una sexualidad construida en la sociedad y en la historia. Rubin en un artículo posterior a su clásico «The Traffic in Women», cambia la lectura crítica que allí había hecho de Lévy Strauss en torno a la sexualidad relacionada con los sistemas de parentesco, por la lectura de Foucault, centrada en las nuevas formas de sexualidad que se producen en las sociedades contemporáneas. Partiendo del supuesto de que Foucault niega o minimiza la realidad de la represión sexual, y convencida de que la sexualidad en las sociedades occidentales está estructurada desde el poder en un sistema jerárquico, en «Thinking Sex» (1984) Rubin aísla del antiguo sistema sexo-género, un *sistema de sexo que organiza y produce el deseo*. Si el sistema de género tenía su origen en las estructuras de parentesco que marcan el *partenaire* permitido y el prohibido y es a través del *partenaire* por lo que la mujer alcanza su *status*, en el sistema de sexo lo pertinente no es el *partenaire* adecuado o inadecuado sino las formas de

deseo permitidas y prohibidas. «Al igual que el género, el sexo es político. Está organizado en sistemas de poder que premia y promueve ciertos individuos y actividades mientras castiga y prohíbe otros»²². El matrimonio heterosexual monógamo estaría en la cúspide de este sistema de jerarquización y los llamados «trabajadores del sexo» (prostitutas, travestís, modelos porno, etc.) ocuparían el status más bajo.

Rubin quiere distinguir entre las estructuras de *género* y las de *sexo* para dar cuenta de dos tipos de opresión diferentes y acusa al feminismo (se refiere al socialista) de carecer de herramientas teóricas para analizar la opresión sexual de la mujer por haber confundido, precisamente, estas dos estructuras.

El feminismo socialista tenía, en efecto, dificultades para admitir una dimensión puramente *sexual* en las relaciones hombre-mujer que no se explicase —o implicase— en el *género*, donde podrían reconocerse claramente los componentes *materiales* en la división del trabajo. Hablar en términos de «explotación» o «plusvalía» o «producción» en el terreno sexual, se veía un poco forzado desde presupuestos marxistas.

Desde la perspectiva socialista europea, Anna Jónasdóttir forzó el paso definitivo para tratar la sexualidad en estos términos: para ella, el sexo o la sexualidad —que implica prácticas de cuidado, amor y erotismo— es una capacidad fundamental en los seres humanos en el proceso de habilitarse como personas; y esta capacidad es *alienable y explotable*. Y es, precisamente, la apropiación de la sexualidad de las mujeres —enfatiza Jónasdóttir— lo que posibilita la autoridad y el poder masculino hoy²³.

²² Gayle Rubin, «Thinking Sex: Notes for a Radical Theory of the Politics of Sexuality», en Carol Vance (ed.), *Pleasure and Danger* (1984), Nueva York, Routledge and Kegan, pág. 309.

²³ Cfr. Anna Jónasdóttir, *El poder del amor*, Valencia, Cátedra, Feminismos, 1993.

Anna Jónasdóttir cree que sus colegas americanas no han centrado históricamente el problema del patriarcado porque no pueden contestar a la pregunta de por qué *hoy, en nuestras sociedades igualitarias*, todavía persiste la desigualdad entre hombres y mujeres. En una sociedad de nuestro tipo, afirma «ni la dependencia económica de las mujeres respecto a los hombres ni la división sexual desigual del trabajo entre los sexos constituyen el eje central de la habilidad demostrada por los hombres para continuar manteniendo y regenerando el dominio sobre las mujeres y sobre la sociedad en general» (Jónasdóttir, 1993, 50).

Para Jónasdóttir el patriarcado hoy se sostiene fundamentalmente *por las relaciones sexuales libres* (no por las forzadas o por la violencia sexual) que se establecen entre hombres y mujeres corrientes en las cuales, éstas son explotadas por aquellos en una sociedad donde las mujeres *necesitan amar y ser amadas para habilitarse como personas* —como mujeres del sexo femenino— mientras que ellos ya están habilitados como personas y no están forzados a conceder su capacidad de amor al otro sexo sino en las condiciones que quieran. *La práctica del «amor»* que es como Jónasdóttir llama al conjunto de estas relaciones cotidianas que se establecen entre los sexos —y que, a su juicio, han sido pasadas por alto por las feministas socialistas angloamericanas— no puede rubricarse como «trabajo» ni puede deducirse de los sistemas económico sociales. Fiel a los planteamientos del primer feminismo radical, como está expresado en Firestone (1971) y recordando a la última Rubin²⁴, piensa que las prácticas del amor están organizadas en un sistema *social específico: la sexualidad* que es un campo de poder independiente de las determinaciones socio-económicas pero no por

²⁴ Si bien Jónasdóttir se refiere a Firestone y a Rubin —y, constantemente a Hartmann como referente polémico—, no deja de extrañar la ausencia de citas de antecedentes tan claros como las teóricas del llamado «trabajo emocional», a quienes nos hemos referido.

ello, menos real y material. Jónasdóttir cree firmemente que la organización de la sexualidad en nuestras sociedades en la que los hombres ejercen la autoridad que les da el «poder del amor» (explotando la necesidad que la mujer tiene de amar ser amada) es el vector de opresión más importante en las mujeres de hoy, desplazando *el trabajo* y las determinaciones económicas de su protagonismo inicial (Jónasdóttir, 1993, 50).

7. EL FEMINISMO SOCIALISTA Y EL SOCIALISMO HOY

Pocas feministas socialistas compartirían hoy el optimismo utópico y la vocación salvadora de aquellas primeras «feministas materialistas»; o el fervor revolucionario de una Sandra Harding quien termina su artículo en *Women and Revolution* proclamando que «las mujeres somos ahora el grupo revolucionario en la Historia» (Harding, 1981, 159).

La idea de una teoría feminista que, por el hecho de dar cuenta de las más inmediatas, antiguas y pertinaces relaciones de dominación, funcionara como una *teoría general del poder* y sirviera de modelo para explicara cualquier relación de dominación, estuvo presente en muchas teóricas socialistas como Heidi Hartmann, Zillah Eisenstein, Gerda Lerner y la misma Harding. Las concepciones postmodernas han propiciado, sin embargo, los relatos parciales, la tendencia a explicaciones particulares en vectores específicos que se entrecruzan como el género, el sexo, la clase, la raza (incluso la edad o el aspecto físico) para dar cuenta de las diferentes situaciones de opresión.

Muchos de los ideales y proyectos de las feministas socialistas se han quedado en el camino pero siempre se podrían suscribir las palabras de Iris Young cuando afirmaba que las aportaciones del feminismo socialista han sido centrales no sólo para enriquecer la teoría feminista sino que han representado «el más profundo y vital desarrollo del marxismo contemporáneo» (Young, 1980, 169). Y ello no

sólo porque el feminismo enriquece el análisis de las relaciones sociales, aportando la visión de género, sino porque ha hecho que cambien las mismas categorías de análisis: lo privado y lo público; lo material y lo económico; la producción y la reproducción.

El feminismo ha presentado descaradamente a debate, temas que el socialismo no quería enfrentar como ha sido la explotación en las relaciones personales, la política sexual y la organización del deseo femenino. Ha hablado sobre el derecho del ser humano mujer, no sólo a satisfacer sus necesidades físicas por medio de un acceso igualitario a los recursos, sino el derecho a otras necesidades tan vitales como las de ser amada, considerada y autorizada en la misma medida en que ellos lo son. Y ha llamado la atención sobre las formas en que se organiza el deseo y el sexo en el *género* donde la mujer es objetualizada y explotada.

El feminismo pensado desde el socialismo —aunque poco estudiado por los compañeros— ha entrado en el corpus teórico de muchos pensadores progresistas, así como en las propuestas políticas del socialismo desde las justas reivindicaciones de las mujeres. Poco a poco se va entendiendo que sin la dimensión feminista, no puede hablarse hoy de socialismo.

BIBLIOGRAFÍA

- AMORÓS, Celia, *Hacia una crítica de la razón patriarcal*, Madrid, Anthropos, 1985.
- BEBEL, August, *La mujer y el socialismo*, Barcelona, Akal, 1977.
- CHODOROW, Nancy, *The Reproduction of Mothering: Psychoanalysis and the Sociology of Gender* (1979), Berkeley, CA.
- EHRENREICH, Barbara, «Life Without a Father: Reconsidering Socialist Feminist Theory», *Socialist Review*, núm. 73, vol. 14, núm. 1, 1984, págs. 48-57.
- EISENSTEIN, Zillah, «The Sexual Politics of the New Right: Understanding the Crisis of Liberalism for the 1980's», en N. Kehane, M. Rosaldo y B. Gelpi (comps.), *Feminist Theory: A*

- Critique of ideology*, Chicago, University of Chicago Press, 1982, págs. 88. y sigs.
- ENGELS, Federico, «El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado», en *Marx, Engels. Obras Escogidas*, Madrid, Akal, 1975.
- HARTMANN, Heidi, «The Unhappy Marriage of Marxism and Feminism: Towards a More Progresssive Union», en Lydia Sargent (comp.), *Women and Revolution*, South End Press, Boston, 1981.
- HAYDEN, Dolores, *The Grand Domestic Revolution: A History of Feminist Designs for American Homes, Neighbourhood and Cities*, Massachusetts, The MIT Press, 1981.
- HARAWAY, Donna G., *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Valencia, Cátedra, Col. Feminismos, 1991.
- JÓNASDÓTTIR, Anna G., *El poder del amor ¿Le importa el sexo a la democracia?*, Valencia, Cátedra, Femismos, 1993.
- LAURETIS, Teresa de, *Diferencias*, Madrid, Horas y horas, 2000.
- LEE BARTKY, Sandra, *Femininity and Domination. Studies in the Phenomenology of Oppression*, Nueva York, Thinking Gender, Rotledge, 1990.
- LUTTREL, Wendy, «Socialist Feminism Today: Beyond the Politics of Victimization», *Socialist Review*, núm. 73, vol. 14, 1984, pág. 43.
- MACKINNON, Catherine, *Hacia una teoría feminista del Estado*, Valencia, Cátedra, Feminismos, 1989.
- MITCHELL, Juliet, *Woman's State*, Nueva York, Pantheon, 1974.
- *Psicoanálisis y feminismo*, Barcelona, Anagrama, 1976.
- MOLINA, Cristina, *Dialéctica Feminista de la Ilustración*, Barcelona, Anthropos, 1994.
- PERKINS GILMAN, Charlotte, *Women and Economics. The Economic Factor between Men and Women as a Factor in Social Evolution*, Nueva York, Haper and Row, 1966 (ed. orig., 1898).
- *Herland*, Nueva York, Pantheon Books, 1979 (ed. orig., 1915).
- ROWBOTHAN, Sheila, *Women, Resistance and Rrevolution*, Nueva York, Vintage Books, 1974.
- RUBIN, Gayle, «The Traffic in Women: Notes on the Political Economy of Sex», en Rayna Reiter (comp.), *Toward and Anthropology of Women*, Nueva York, Montly Review Press, 1975.
- «Thinking Sex. Notes for a Radical Theory of the Politics of Sexuality», en Carol Vance (ed.), *Pleasure and Danger*, Nueva York, Routledge and Kegan, 1984.

- SNITOW, A; STANSEL, C y THOMPSON, S. (comp.), *Powers of Desire. The Politics of Sexuality*, Nueva York, New Feminist Library, Montly Review Press, 1983.
- YOUNG, Iris Marion, «Socialist Feminism and the Limits of Dual System Theory», *Socialist Review*, núm. 50-51, vol. 10, núm. 2-3, 1980, págs. 19 y sigs.
- «Beyond the Unhappy Marriage: A Critique of the Dual Systems Theory», en *Women and Revolution*, Boston, South End Press, 1981.
- SARGENT, Lydia (comp.), *Women and Revolution*, Boston, South End Press, 1981.
- ZARETSKY, Eli, «Capitalism, the Family and Personal Life», *Socialist Revolution*, núm. 13-15, 1973.